

LA AUREOLA.

PERIÓDICO SEMANAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

HISTORIA LITERARIA.

(Continuacion.)

VENIDA DE LOS GRIEGOS.

AÑO 600 ANTES DE J. C.

U no de los pueblos que mas influjo han ejercido sobre los demas del Universo es la antigua Grecia, pais de supersticion y sabiduria, tan memorable por sus costumbres y creencias religiosas, como por sus insignes poetas, oradores y filósofos. Tomaron los griegos de los egipcios el germen de su primera ilustracion y cultura; pero de tal manera fructificó esta semilla en aquel suelo fecundo y privilegiado, á tal punto de perfeccion y adelanto llevaron los conocimientos recibidos, que bien pronto, aventajando á sus maestros pudieron ellos serlo de todo el mundo, y no sin fundamento apellidados inventores de las artes y las ciencias. Una ardiente fantasia, la mas noble emulacion, la ambicion de gloria, eran los caracteres distintivos de aquel pueblo célebre, cuna de tantos sabios eminentes, cuyos nombres han llegado hasta nos-

otros repetidos con entusiasmo por todas las generaciones.

Griegos fueron, con efecto, el primero de los filósofos, el oráculo de los médicos, el padre de los poetas, el príncipe de los historiadores. Aun se conservan y veneran como modelos en su género respectivo, las doctrinas de Hipócrates, los versos de Homero, las narraciones de Heródoto: sin que hayan sido parte para menoscabarles su mérito singular, los grandes progresos del espíritu humano en el dilatado espacio de tiempo trascurrido desde la época en que florecieron hasta la presente.

Al par de estos hombres distinguidos en letras, sobresalieron otros no ménos célebres en las armas y en la magistratura. Todavía celebramos el patriotismo de Temístocles, la templanza de Pericles, la prudencia de Aristides, la sabiduria y prevision de un Licurgo, la bravura

é intrepidez de un Alejandro. Si entendemos nuestra consideracion por los fastos de la Grecia ¡cuánto nos admiran la brillantez y celebridad de las escuelas de Aténas, las severas costumbres de los espartanos, el lujo y profusion de los juegos olímpicos, la constancia y denuedo de diez mil combatientes en su tan memorable retirada!....

Una nacion que tantos sucesos notables ha legado á la posteridad, que tan brillantes páginas ocupa en la historia de los pasados siglos, mostrando así en su engrandecimiento como en su decadencia la inestabilidad de las cosas humanas, ha debido llamar la atencion de los escritores de todas épocas, en especial de los españoles; de quienes pudiéramos decir al ver su aficion á los griegos que estos habian tenido para ellos algun especial atractivo.

De aquí, sin duda, el empeño que se nota en algunos historiadores nacionales de atribuir á colonias griegas el origen de nuestros pueblos, idioma y costumbres, pues apenas hay nombre propio de personaje, monte, rio &c., que no le busquen etimología en la lengua griega. Si les diéramos asenso, preciso fuera confesar que España se habia convertido en Grecia, ó que ésta se quedó desierta para poblar nuestra Península: porque segun los referidos autores, no solo los tocenses, los rodios, los zacintios, los saunos, sino los curetes, los arcades, los atenien-ses, los lacedemonios, los carios, los donos, los de la Tocida, muchos príncipes griegos y troyanos, el mismo

Licurgo y Homero honraron á España con su presencia, viniendo lo-mas, no como quiera, sino muy de asiento, internándose en el pais, y fundando colonias en varios puntos. Todas las naciones que segun Eusebio alcanzaron el imperio del mar, dicen, estendieron su dominacion á España. Atentos únicamente estos escritores á ensalzar y ennoblecer la literatura de su patria, derivándola de la nacion mas sabia y célebre del Oriente, se engolfaron en el intrincado laberinto de las fábulas y ficciones poéticas muy propias, sin duda, para embellecer el discurso y recrear el espíritu; pero ajenas de la exactitud y verdad, por que ha de distinguirse la historia de las otras producciones literarias.

Efectivamente nuestras costumbres, nuestro idioma, nuestra literatura muy poco ó nada deben á los griegos, con ser ellos, como ya hemos dicho y repetimos, los mas cultos y sabios de la antigüedad; porque debemos considerar como falso el viaje á nuestra Península del Hércules griego, el de los argonautas, y demas colonias que hemos enumerado. Así lo muestran, á no dudarlo, todas las combinaciones mejor formadas, las leyes mas severas de la crítica, y el unánime convencimiento de los antiguos historiadores mas fidedignos, por regla general, que los modernos en orden á los sucesos de épocas tan remotas: y dado fuesen estas colonias tan numerosas como se supone, nunca pudieron ilustrarnos al extremo que se asegura; muy escasa hubo de ser su in-

fluencia en los progresos de nuestros conocimientos, así por el grado de instruccion y adelanto de los griegos en la época de su venida, como por las relaciones que entablaron con nuestros naturales, limitadas en un principio á un trato superficial y puramente mercantil con algunos puertos de la costa.

Para la demostracion de este pensamiento se hace preciso determinar el verdadero y exacto número

de colonias que arribaron á nuestro suelo, el tiempo verosímil de su comunicacion; porquẽ examinando cuál fuese entõnces su cultura y su gusto por las ciencias y las artes podrẽmos formar una idea cabal en lo posible de las luces y conocimientos que comunicarian á los españoles, señalando así el verdadero origen de la literatura greco-española.

NUESTRA EDAD.

A mi amigo D. Luis de Olona.

No hacemos mas que soñar
y mentir calamidades,
tú llorando bien de amores
y yo delirando males.

ZORRILLA.

Cuán hermoso es vivir, cuando la vida
senda es de flores que dó quier pisamos;
cuando se goza la ilusion querida
con que tristes ó alegres deliramos!

Cuán hermoso es vivir, cuando en la mente
se conserva sublime un pensamiento
mas grande que el mortal, y tan valiente
como ese Sol que rige el firmamento!

Cuando late en el pecho acelerado
un corazon ardiente y altanero,
del fuego juvenil entusiasmado
que arde con fuerza en su vigor primero!

Entonces se presenta la natura
llena de encantos, que el mortal admira,
y si una vez se muestra la amargura
le dice el corazon «esto es mentira».

Entonces todo es dichas y placeres,
es un mentido Edem aqieste suelo,
y son para nosotros las mujeres
querubines de luz en nuestro cielo.

Pues tal vez delirando ó padeciendo
la voz se eleva por cantar amores;
que es un delirio cuanto estamos viendo
y se oculta la espina entre las flores.

Por eso es grato cuanto el mundo encierra
en esta edad de plácida dulzura,
por eso es bella hasta la misma tierra
cuando ostenta su manto de verdura:

Que entonces tiene el Sol gala y belleza
al bañar sus fulgores en el rio,
y tienen los arbustos gentileza,
y son perlas las gotas del rocío:

Que es muy dulce vivir, cuando la vida
se halla exenta de penas y dolores,
cuando se goza la ilusion querida
respirando el aroma de las flores!

Por eso la voz alzamos
llena de dulce armonía;
por eso aquí deliramos,
miéntras que alegres cantamos
en una lúbrica orgía:

Que es la vida muy risueña
en la edad de los amores,
y la mente se desdeña
de aprender cuanto le enseña
la experiencia en los dolores.

Por eso con furia loca
pulsamos la blanda lira
mostrando risa en la boca,
porque es la desdicha poca
y nos parece mentira:

Que son diez y siete abríles
corta edad para pensar,
y aun los sueños infantiles
de engalanados pensiles
nos vienen á deslumbrar.

Porque es el pecho inocente
 en esta edad venturosa;
 porque está pura la frente,
 y sueña alegre la mente
 una vida deliciosa.—

Así pasan nuestros días
 en el placer adormidos,
 entre dichas y alegrías,
 en festines y en orgías
 embargados los sentidos.

Así con gozo cantamos,
 sin penas, nuestra ventura,
 mientras que tristes soñamos;
 para ver, si despertamos,
 el dolor y la amargura.

Mas si es fuerza delirar,
 delirémos, ¡vive Dios!
 porque es muy dulce soñar,
 si habemos al despertar
 de sufrir penas los dos.

Es muy dulce en *nuestra edad*
 fingir dichas y placeres,
 y, tal vez con liviandad,
 adorar á una beldad
 cual reina de las mujeres.

Porque esta edad placentera
 es un fantasma que pasa,
 arrastrando en su carrera
 nuestra alegre primavera,
 de placeres nada escasa:

Y entónces las ilusiones
 se ahuyentan de nuestra mente,
 y agita los corazones
 el rigor de las pasiones,
 y se marchita la frente.

Entónces solo gozamos
 con los recuerdos hermosos
 de la edad que disfrutamos,
 en que alegres deliramos
 en banquetes bulliciosos.

Y solamente es dolor
 cuanto ántes fuera placer;
 que de la suerte el rigor
 se nos burla con furor
 mandándonos padecer.

Gocemos, pues, los amores
 mientras nos dura esta edad
 en que son bellas las flores,
 y en que del Sol los fulgores
 tienen gala y magestad.

En que ostenta la mañana,
 al nacer el nuevo día,
 la rosa, que brilla ufana,
 mas que las otras lozana
 con apuesta gallardía;

Que luego vendrán las penas
 para herir el corazón,
 trocando en horas serenas,
 si bien de amargura llenas,
 nuestra alegre situación.

Y es grato al alma cantar
 olvidando el padecer,
 y ver el tiempo volar,
 sin dejar de delirar
 una vida de placer!

Sevilla.—Noviembre de 1839.

MANUEL CAÑETE.

EL CONDE DE CANDESPINA.

I.

ra por los años de 1106. La ciudad de Burgos estaba en la mayor agitacion, y los soldados castellanos defensores de Doña Urraca, mujer de D. Alonso rey de Aragon, se disponian á un combate que se debia dar dentro de poco tiempo.

Infinidad de trastornos, hijos de las desavenencias de D. Alonso con su esposa, fueron la causa de que se divorciasen, y ámbos se declararon desde este momento un odio implacable y mortal. Los castellanos y gallegos unidos á D. Enrique, conde de Portugal, abrazaron el partido de Doña Urraca, y los aragoneses no vacilaron en tomar la defensa de su legítimo rey. Dispuestos ámbos partidos á vencer, derramando la sangre de sus contrarios, volaron á encontrarse, para saciar su sed de venganza.

La reina Doña Urraca con muchos de los suyos estaba en Burgos, y no muy léjos el ejército enemigo de su esposo: esta era la causa de que esta ciudad aprestase sus gentes, que debian hallarse en el campo de batalla dentro de tres dias. El clamor de las trompetas se escuchaba por todas partes, y las calles se veian inundadas de un inmenso gentío, que orgulloso presagiaba con mil gritos alegres su futuro triunfo.

II.

—Gracias al Cielo, hermosa mia, que el silencio de la noche ha venido á restablecer la calma á este pueblo rebelde, y á proteger mi llegada hasta tí (decia un jóven de arrogante figura que estaba en un lindo gabinete, sentado al lado de una mujer muy bella, de 19 años, y en cuyo rostro se pintaba la candidez de su alma).

—Y no has temido, contestó Leonor (que este era el nombre de la jóven), las asechanzas de tus contrarios? tantos peligros, y todo por mi causa! ah Ramiro! nunca podré pagar tu cariño, cual te mereces tú; tú, para quien no hay obstáculos ni riesgos; tú, que espuesto á que los castellanos....

—No les temo; replicó Ramiro.

—Si te descubriesen....

—No puede ser: este vestido de villano oculta á los ojos de todos mi espada de caballero, y mi banda de capitán.

—Por qué has abrazado la causa de D. Alonso?

—Soy aragones, Leonor, y él es mi rey: el deber me impone la obligacion de defenderle: dentro de tres dias....

—Ah! dentro de tres dias, tal vez te habré perdido para siempre.

—Qué dices? nó; el acero de mis

enemigos no penetrará mi cota de malla, que protege mi brazo: el Dios de los ejércitos vela por los aragoneses, y triunfaremos, sí, triunfaremos y volveré otra vez á tu lado á gozar los encantos de nuestro amor, puro como el cielo; y ni las perfidias de mi rival, ni nadie en el mundo, bastará á separarme de tu lado. Al espirar tu madre, única persona que quedaba de tu familia, te entregó á mi cuidado, porque entonces solo miraba en mí un protector de su casa; despues.... despues te he amado, y la muerte sola podría arrancarte de mis brazos.

—Ramiro!...

—Qué vale el poder del inicuo conde de Candespina, de ese seductor á quien no basta una mujer para apagar el ardor de sus vicios, combatado con el fuego que enciende tu pasión, con el valor que me dan tus celestes miradas?

En el gabinete donde estaban estos dos amantes, había un balcon que la estacion no permitia tener cerrado. Un hombre envuelto en un ferruelo, apareció repentinamente en él. Leonor dió un grito agudo y penetrante, y Ramiro echó mano á la empuñadura de su espada: el desconocido tiró el ferruelo y sacó la suya, exclamando con voz de trueno: —ya estais en mi poder!

—Es él!... (dijo Leonor), es el conde!

—El conde! (gritó Ramiro).

—Sí, yo soy, miserable; ya no escaparé de mis manos. Diciendo esto dió un silbido, y cuatro hombres armados entraron por el balcon

en la estancia.

—Infeliz del que se acerque á mí; exclamo el valiente aragonés.

Su espada se cruzó con las de sus contrarios ininidad de veces: en vano Leonor pedia socorro; sus acentos ahogados no se podian oir. El conde y sus secuaces hicieron sucumbir al desgraciado Ramiro, y éste desarmado, se vió en poder de su rival.

Tres de aquellos hombres se apoderaron de él, y á viva fuerza lo condujeron á una prision, á pesar de su inútil resistencia. Al salir de la casa de su amada oyó la voz de esta que le decia: "sálvame". Ya era imposible; ninguno de los dos podia socorrerse.

III.

Leonor en vano pedia auxilio contra el pérfido conde; éste empleó mil medios para seducir su inocencia, sin fruto alguno, y acudió á la fuerza como su último recurso. La infeliz jóven no podia librarse de los esfuerzos de aquel monstruo.

—Inútiles son tus desvios (decia el conde fuera de sí).

—Piedad, piedad! (suplicaba Leonor). Dadme la muerte si quereis, pero no exijais de mí que os ame.

—Y por qué no? ese corazon, por ventura, se creó para amar á un solo objeto? no soy yo digno de merecer?...

—Nó, nó; solo es digno Ramiro; él es el único á quien yo amaré.

—Fatalidad! el único! el único! y yo? yo que siento en mi alma los mas crueles tormentos, yo que por

tí me sacrificaría?... Ah Leonor! tú misma te condenas.

—Cómo!

—Ya no volverás á ver á ese hombre tan querido, porque á estas horas estará en un calabozo, y dentro de poco será presa del verdugo.

—Del verdugo!!

—Morirá, como partidario de D. Alonso: mas qué digo? qué me importa á mí que lo sea ó nó? lo único que puede acarrear su muerte, es tu amor; tu amor, Leonor, que solo debe ser mio.

—Vuestro? jamás. Sacrificadme á vuestro encono, sacrificad á mi Ramiro; pero ser de vos....

—Miserable! ya que lo quieres se cumplirán tus deseos; mañana serás mía, y él....

—Qué?

—De Dios.

Esto dijo el conde, y salió precipitadamente de la casa de Leonor.

IV.

—Esta es la habitacion que se os ha preparado (le dijo el carcelero á Ramiro, mostrándole un negro calabozo); aunque no pasareis en ella muy buenos ratos, no temais; ya os ireis acostumbrando.

Ramiro apenas le escuchaba, habia caído en un estupor terrible, y sus ojos fijos en el suelo, demostraban lo que padecía en el interior de su corazón.

—Verdad es (prosiguió el carcelero) que han escogido una prision de las mas incómodas: ya se ve; como sois partidario del de Aragon,

y como tal, rebelde á nuestra reina....

—Villano! (esclamó Ramiro vivamente, saliendo de su letargo).

—Poco á poco, señor aragones; cuidado con los dicterios, porque en mi vida los he sufrido. Ea, no armemos una pendencia: me voy; tenéis algo que mandarme?

—Te burlas?

—Nada de eso; quedad con Dios.

Cerró tras sí la puerta del calabozo, y marchó.

—Leonor! (dijo Ramiro) Leonor! con que tal vez te he perdido para siempre? ah! sí, para siempre. Los verdugos me inmolarán á su furor, y tú serás juguete de mi rival; él se gozará en mi muerte y en tu deshonra, y nadie volverá por tí; por tí, tan hermosa y pura como el cielo! y yo he de espirar sin verte? Si no hay remedio!... Adios mi Leonor!!

Y el infeliz cayó desmayado sobre las frias losas de su prision.—

Un aviso llegado de Sepúlveda, anunció que se acercaban á aquel pueblo las tropas de D. Alonso, rey de Aragon; y parte del ejército de Doña Urraca aguardaba en sus inmediaciones reunirse con las restantes fuerzas que debían salir de Burgos. El conde de Candespina, á quien estaba confiado el mando de la retaguardia, fué precisado á salir de Burgos en aquel mismo momento con sus soldados, é inútilmente pidió algunas horas de retardo, sin duda para llevar á cabo su culpable designio respecto de Leonor: las cornetas y atambores resonaron, y las tropas se pusieron en marcha con su gefe.

V.

Leonor estaba loca de alegría, porque se veía libre de su fatal perseguidor; pero al mismo tiempo no olvidaba á Ramiro. Animada por su esperanza, que le prestaba un valor extraordinario, pensó en salvar á su amante, y no vaciló en ponerlo por obra.

Abrumado con el peso de su infortunio, Ramiro pensaba con valor en una muerte que él creía cercana. La noche tendió al fin su negro manto sobre los mortales, y el desgraciado se entregó de nuevo á su desesperación. La puerta de su calabozo se abrió de repente, y una antorcha alumbró la estancia. Era el carcelero que venia acompañado de un jóven cubierto con una larga capa, y embozado hasta los ojos.

—Quién es? (preguntó Ramiro).

—Un amigo vuestro (dijo el carcelero; despues se dirigió al jóven, y recibió de sus manos un bolsillo que tomó sin ceremonias).

—Pronto, despachad, pues tengo órdenes muy severas.

—Bien está (respondió el desconocido).

—Esa voz! (esclamó Ramiro) es ella! sí! es ella!

—Cómo ella! qué diablos decís? (dijo el carcelero admirado).

—Es mi Leonor!

—Vuestra Leonor! Hola! caballero... ó señora, porque en esta duda... descubrios. (El jóven callaba: Ramiro conoció su imprudencia.) Descubrios vive Dios, &c... (Diciendo

esto, él mismo tiró del embozo de la capa.)

Era Leonor: pálida, asustada, no sabia qué hacer: Ramiro corrió á sus brazos, y el carcelero quiso pedir socorro, pero el prisionero se abalanzó á él, y le impuso silencio: la antorcha que aquel llevaba cayó al suelo, y se apagó; y en medio de las tinieblas todos se encontraron repentinamente. El carcelero queria desasirse de su adversario, que le arrojó al suelo con una violencia admirable. El golpe era casi mortal: su cabeza habia dado sobre las duras losas; lanzó un gemido horrible, y quedó sin aliento tendido en el colabojo.

—Leonor, Leonor (dijo Ramiro), pronto; salgamos.

Leonor dió la mano á su amante y buscaron la salida de la prision.

VI.

Ramiro supo por Leonor que el conde habia partido, y que el dia de la batalla estaba próximo. No he de faltar (dijo): yo vengaré nuestro amor, y los ultrajes hechos á mi rey.

—Tú alejarte de mí? (esclamó Leonor).

—Es preciso.

—Oh! nó, no te vayas.

—No hay remedio.

—Y me abandonas otra vez! ya que estas libre y oculto á la vista de tus enemigos, ¿por qué vas á esponer de nuevo tu vida?

—Es mi deber.

—Tu deber!

—Sí, es mi deber; pero no temas,

pronto estaré á tu lado; pronto me habré vengado del inicuo conde.

—Qué intentas?

—Nada, nada: adios; un caballo me aguarda, y mi obligacion tambien: ¿qué dirian si no me presentase en el combate? Verémos, no llores, ángel mio. Adios; adios.

Abrazó á Leonor y partió: la oscuridad de la noche le prestó su ayuda, y logró salir de Burgos sin tropiezo alguno.—

A la mañana siguiente, Leonor habia tomado una osada resolucion: creia que Ramiro iba á ser víctima del furor de las batallas, y queria morir á su lado.

—Ruiz! (gritaba á un viejo y antiguo criado, su único compañero).

—Qué mandais, señora?

—Prepárate á seguirme (le decia, poniéndose el disfraz que le sirvió cuando salvó á Ramiro); busca dos caballos: pronto, pronto, por Dios.

—Señora, qué quereis?

—Ruiz, dos caballos!

—Pero dónde iremos?

—A su lado, al combate!

—Al combate! (esclamó el viejo atemorizado).

—Sí, al combate!!!

VII.

Acampados los dos ejércitos contrarios en Sepúlveda uno en frente del otro, solo aguardaban la sangrienta señal, para dar principio á la batalla. La flor de los aragoneses estaba al lado de D. Alonso; y D. Pedro conde de Lara, y D. Gómez conde de Candespina, al lado de los

suyos, juraban de nuevo fidelidad á la reina, y estermínio á sus adversarios.

Las trompetas poblaron el aire con sus roncós acentos; los ejércitos avanzaron, y comenzó el fatal combate. El choque de las brillantes espadas; el clamor de los combatientes; la inmensa polvareda que los caballos levantaron, y el espíritu de odio que en todos reinaba, hicieron esta escena cruel y espantosa. No habia piedad para ninguno: el grito de muerte resonaba por dó quiera, y el infeliz vencido solo encontró en el vencedor, rencor y sed de sangre. El pendon de Castilla se alzaba orgulloso en medio de la contienda, y el de Aragon brillaba entre la confusion. La lucha se encarnizaba cada vez mas, y entró el desórden en los soldados de uno y otro bando: con igual rabia peleaba el gefe que el soldado, con igual peligro uno que otro despreciaban su vida, que ofrecian en holocausto á sus reyes: un solo pensamiento los dominó á todos; la venganza que respiraban sus corazones.

Arrollada una parte del ejército de Doña Urraca por la caballería enemiga, tomó la fuga. La retaguardia, mandada por el conde de Candespina, quiso evitar una retirada peligrosa, oponiéndose á ella: en vano; el terror dominaba á los soldados, y huian dispersos por todas partes. El conde juró por su honor no abandonar su puesto, y con algunos de los suyos sostuvo una tenaz contienda. Un guerrero de D. Alonso midió con él su acero, y el conde

sucumbió cayendo muerto á los pies de su contrario.

En el mismo instante un caballero se presentó con la espada en la mano, gritando:

—Dónde estás, conde de Candespina? dónde estás?

El guerrero le señaló con su dedo el cadáver del conde, y le dijo:

—Mirale!

—Muerto!! (esclamó Ramiro, que era el caballero).

—Sí!

—Oh! me has vengado!

VIII.

—Nos falta mucho, Ruiz?

—Mas de tres leguas (respondió éste á Leonor).

—Si llegaré á tiempo?

—Dios lo quiera, señora.

Caminaron en silencio por un gran rato.

—No ves á lo léjos venir un caballero?

—Sí; y sin duda viene de la batalla, porque la direccion que trae... Tapaos el rostro no descubra....

—No podemos apartarnos del ca-

mino y estorbar su vista?

—Imposible.

—Ruiz, ¿no conoces aquel penacho?

—Con efecto, creo distinguir....

—Si será él?

El ginete se aproximaba mas y mas.

—Sí, es Ramiro!

—Leonor! (esclamó éste al reconocer aquella voz).

Los dos amantes se abrazaron: sus corazones latian violentamente. ¡Cuánta alegría reinaba en ellos! Ramiro notició á Leonor la muerte del conde: ya eran felices, pues se habian unido para siempre!

CONCLUSION.

El ejército de Doña Urraca fué completamente derrotado en la accion referida. Las tropas de D. Alonson de Aragon ocuparon las ciudades de Nájara, Palencia, Léon y Burgos; y en esta última, ante los altares del Señor, Leonor y Ramiro se juraron un amor eterno.

Málaga 29 de Enero de 1840.

LUIS DE OLONA,

EL TORMENTO.

SONETO.

Cuando fijo en mi Luz deslumbradora
mi ardoroso mirar, pábulo al fuego
añade de mi amor, y ansioso y ciego
en su llama me abismo abrasadora.

Cuando su voz, de dicha engendradora,
hiere mi corazon, un sí la ruego,
y en borrascoso mar triste navego
juguete de pasion devoradora.

Pero fluctuando con tenaz porfía
entre celos, temor, afan, crueza,
sufro sin murmurar el mal que siento.

Pues mi Luz, que es la vida y gloria mia,
me dice con su célica belleza
que el precio del amor es el tormento.

T.

D. MARTIN DE FREYITAS.

NOVELA HISTÓRICA, ESCRITA EN FRANCES POR

M. Alejandro Dumas,

y traducida al castellano por Aben Farax.

—Padre mio, dijo sonriéndose Mercedes, ¿quereis decirme, si os place, de dónde proviene el exajorado amor que profesais al rey D. Sancho II?

El personaje á quien la jóven dirigia semejante pregunta, era un anciano de 60 años, poco mas ó ménos, cubierto con una cota de menudas mallas, ajustada con tanto cuidado como si se hallase al frente de los moros de Urica ó de los de Córdoba, y no en su fuerte castillo de la Horta, rodeado de su fiel y pacífica guarnicion. Solo el casco faltaba para completar su armadura de capitán, y estaba sentado sobre un pesado sillón de nogal, cerca del cual se ha-

llaba en actitud de recibir órdenes uno de sus escuderos. Se distinguian á primera vista en su venerable aspecto la calma y el vigor; su rostro estaba guarnecido de largos cabellos, que mas bien que por la edad habian encanecido á fuerza de fatigas, y su rostro señalado con dos ó tres cicatrices, daba evidentes señales de que los golpes dirigidos á él, habian sido, en cuanto cabe, bien recibidos. Hallábase inmediato á una mesa de encina de bastante tosca construccion, apoyando su codo junto á una gran taza de plata llena de esquisito vino, de la que de tiempo en tiempo hacia libaciones de mas que regular duracion. Un galgo africano se

veía medio recostado entre sus piernas, el cual aunque descansaba en la tierra su parte posterior, se había enderezado sobre las patas anteriores, estendido su largo cuello de serpiente, y colocado su hocico y parte de la cabeza sobre el muslo de su amo, donde parecia dormir, á no probar lo contrario al abrir á cada movimiento de aquel, ó á cada palabra que salía de sus labios, un ojo tan suspicaz é inteligente, al mismo tiempo que humilde, aguardando sin duda una leve señal para arrojarse sobre la ligera caza que debia rendir á los pies de su señor. El resto de la cuadra, cuya arquitectura se remontaba al siglo X, y cuyos muebles representaban el XII, estaba ocupada por otros varios personajes; un joven doncel cuya edad rayaba en los 20 años, y que se mantenía respetuosamente en pié apoyado en la chimenea: dos pajes que, retirados en uno de los ángulos, se entretenían en hacer muecas á una vieja que se había quedado dormida hilando su copo de lino: un anciano casi de la misma edad que el que parecia dueño de la casa, y que se veía sentado al otro extremo de la mesa, pero un poco mas atrás, como para denotar su inferioridad; y finalmente por la joven de negros cabellos, ojos azules, y labios de coral, que acababa de hacer á su padre una pregunta tan natural, en una época en que en todo Portugal se susurraba algun misterio.

—Padre mio, ¿de qué proviene el exajerado amor que profesais al rey D. Sancho II?

El anciano dirigió por un momento sus miradas hácia su compañero de los cabellos blancos, como para decirle: ¿Veis lo que pregunta?; y despues volviéndose hácia su hija le contestó en estos términos:

—He visto al rey mas pequeño y mucho mas débil que á tí, que eres mi propia hija, pues me hallaba presente cuando la reina Doña Sancha (que Dios haya) le dió á luz en tierra de Sicilia, donde habíamos hecho alto para darle algun descanso: yo le ví salir pobre y desnudo, como dice la Escritura, del lecho de su madre, al paso que cuando tú, hija mia, abriste los ojos á la vida, me hallaba yo en Tierra Santa; así es que cuando dí la vuelta ya tenias tres años, y eras entónces tan aventajada en prendas físicas como lo eres ahora en atractivos morales.

—Y niño y todo, ¿no es cierto, preguntó el joven doncel, que lo condugeron á Palestina?

—Nó, respondió el caballero anciano; yo fui quien le condujo á Portugal. Hé aquí, si quereis saberlo, el grande amor que le profeso, y depende de la grande confianza y deferente honor que me dispensó el rey su padre y mi señor, porque la víspera del día que debíamos embarcarnos, no bien acababa yo de llegar de la iglesia, donde había ido á oír misa, cuando me hizo llamar á su propia cámara donde se hallaba rodeado de su corte y muy próximo á la reina que estaba recostada sobre un canapé, pálida todavía y convaleciente, pues no hacía mas que 25 dias que había dado á luz á su

hijo. El rey al verme:

—Por mi fé, D. Martin de Freytas, me dijo, que no hay mas que un hombre en el mundo hácia quien la reina y yo sentimos una mas viva inclinacion, y ese hombre sois vos.—Quise responder, pero el rey continuó:

—Ese hombre sois vos, porque estuvisteis conmigo en la batalla de Alcacazdosal, donde *nos* batimos al rey moro de Jaen, y donde os interpusisteis entre *nos* y un sarraceno que intentaba matarme, recibiendo en el casco, y parte del rostro, el golpe que iba dirigido á vuestro soberano; porque cuando fuí escomulgado por el Santo Pontífice de Roma y todos me abandonaron, solo vos permanecisteis fiel á nuestro lado, y en fin, porque á la primera noticia que tuvisteis de mi intencion de hacerme cruzar, habeis vuelto de Romanía á reuniros con *nos* en Catana, y no habeis venido solo, sino á la cabeza de 25 caballeros avezados á los combates y acostumbrados á vuestras expediciones, cuando solamente me debiais vuestro servicio personal. Pues bien, aunque los favores que habeis hecho á mi persona sean tan señalados y numerosos, que ignoro cómo recompensarlos; sin embargo de esto, repito, es hoy tal mi posicion, que sobre todos los anteriores va á elevarse el que no dudo me prestareis y voy á manifestaros en presencia de los caballeros y grandes que nos rodean.—Me dirigí al rey y doblando ante él la rodilla, le dí gracias por lo bien que se habia espresado respecto á mí.

—Señor, le dije, decid lo que ten-

go que hacer, y miéntras mi alma habite en mi cuerpo en nada faltaré á cuanto tengais la bondad de ordenarme.

—Alzad; no esperaba ménos de vuestra lealtad y nobleza, y voy á deciros lo que deseamos la reina y *nos*. Es cierto que sería muy útil que *nos* acompañáseis en el Santo viaje que hemos emprendido, porque *nos* hareis gran falta; pero el servicio que os demandamos *nos* toca tan de cerca, que es necesario abandonarlo todo para ocuparse de él esclusivamente. Sabeis, pues lo presenciásteis, que el verdadero Dios *nos* ha dado un hijo en D. Sancho, de mi señora la reina. Os rogamos que le recibais de nuestras manos, le lleveis á la reina nuestra madre y le depositéis entre las suyas. Fleteis naves, armareis galeras ú otro cualquier bastimento sobre el que creais ir con mayor seguridad; os daremos letras para que nuestro tesorero os adelante las sumas que necesiteis y para que haga todo cuanto le digais de nuestra parte; escribiremos á nuestra madre y al rey de Marruecos nuestro aliado, y os daremos poder ámplio para todos los confines del mundo, donde el viento pueda conduciros, desde poniente á levante, y desde norte á mediodía; y todo lo que prometais, efectueis ó digais en nombre nuestro á caballeros ó gente de á pie, ó de cualquier otra clase que sean, lo daremos por bien prometido, efectuado y bien dicho, y lo confirmaremos y *no* nos volveremos atras en nada; dándonos como salvaguardia, todas las tierras,

castillos y lugares que poseemos, y los que con la ayuda de Dios esperamos poseer. Partireis con nuestro pleno y entero poder; y cuando en manos de la reina madre hayais depositado nuestro hijo, dareis la vuelta á vuestras tierras, arreglaréis vuestros asuntos, que no estarán muy al corriente, á causa de vuestra campaña en Romanía, despues ireis á reunirnos conmigo con todas las tropas de á caballo y de á pie que podais reunir, y nuestro aliado el rey de Marruecos, os contará todo el dinero que necesiteis para equipar y mantener las tropas que os acompañen. Esto es, D. Martin de Freytas, lo que deseamos de vos.

—Y yo, continuó el caballero despues de una corta pausa, no pude ménos que permanecer absorto al considerar el grave encargo que cometia á mi cuidado; es decir, al infante su hijo, en el que por muy pequeño que fuese, se debia acatar la persona del heredero del trono; por lo que supliqué á D. Alfonso y á la reina que me diesen un cólega para partir con él mi responsabilidad, á lo que el rey contestó con una negativa.

—Sin embargo, D. Martin de Freytas, como no tenemos la dicha de saber el porvenir, dadme vuestra palabra de que en mi ausencia, ó despues de mi fallecimiento, mirareis siempre al infante D. Sancho como vuestro único rey, y que solo á él, y no á otro, entregareis las llaves de las ciudades, fortalezas y castillos que os sean confiados; y por último jurad que le servireis fiel y leal-

mente, cual habeis servido á nos, á ménos que no os relevemos de ese cargo, hasta que el Dios de los ejércitos tenga á bien llamar á uno de los dos á su divina presencia.

Entónces me arrodillé de nuevo, besé su mano y pronuncié sobre la cruz de esta espada el juramento que de mí exigia, haciendo la señal de la cruz para que mejor fuese recibido por el Cielo.

En el mismo instante el rey ordenó á D. Luis de la Trueba, bajo cuya custodia estaba el infante en el castillo de Catana, que lo pusiese en mi poder, y no en el de ningun otro, siempre y cuando yo juzgase oportuno reclamarlo. El caballero me prestó de ello juramento, me rindió homenaje, y desde aquel momento el infante D. Sancho fué en mi poder, á los 25 dias de haber nacido.

Terminado este asunto el rey dió á la vela en el mismo dia y me dejó en Catana bastante orgulloso con la confianza que de mí habia hecho; aunque un tanto cuanto embarazado por lo espinoso de la comision que á mi cuidado habia cometido.

Aquí llegaba D. Martin de Freytas de su narracion, cuando el sonido de una bocina que resonó hácia la puerta del Duero, al pie de las murallas del castillo de la Horta, llamó la atencion de los circunstantes, é hizo interrumpir la narracion. D. Martin dirigiéndose al escudero que guardaba su casco, le dió orden para averiguar quién era, y qué queria, el caballero que tocaba á semejante hora su bocina, y continuó su relacion:

—No desperdicié el tiempo para llevar á cabo mi comision y fleté un navío de Bárocas, que se hallaba en el puerto de Palermo, cuyo dueño D. Juan de Carrallsal, tuvo la complacencia de cederme. Evacuado este asunto fuí á buscar á D. Berenguel de la Sarria, cuya ilustre esposa, que tenia por nombre Ines de Adri, habia dado á luz 22 hijos, y supliqué al referido D. Berenguel que me prestase su esposa para encargar á su cuidado la crianza del infante D. Sancho. Accedió aquel á mi demanda, lo que me causó gran placer, porque la Doña Ines era muy piadosa y de una alcurnia bastante elevada, y me pareció que tendria conocimientos demasiado estensos en el arte de criar, habiendo tenido, como ántes dije, una tan numerosa prole. Escogí despues otras seis mujeres, cada una de las cuales lactaba su respectivo hijo, con el fin de que

si una faltaba quedáran otras que pudieran reemplazarla, y las tomé con sus hijos, con la idea de que no se les echase á perder la leche. Además, como el infante D. Sancho tenia una nodriza natural de Catana, no tuve inconveniente en elegir otras dos para casos accidentales, y una cabra por añadidura, con lo que quedó completa la parte mas espinosa de mi encargo. Tomadas estas medidas dispuse mi partida, armé mi navío, proveyéndole de todo lo necesario para nuestro alimento y defensa, coloqué en él 120 hombres de armas, cada uno de los cuales valia por tres, tanto por su nobleza como por su valor; hice formar toda mi fuerza sobre el puente, y mandé á decir á D. Luis de la Trueba, que pusiera en mi poder, ante las puertas de Catana, al infante heredero de la corona, donde ya le aguardaba dispuesto á emprender mi viaje.

(Se continuará.)

INDICE. — Historia literaria; *continuacion*. — Nuestra edad: á mi amigo D. Luis de Olona; *poesia*. — El conde de Candespina. — El tormento; *soneto*. — D. Martin de Freytas; *novela histórica*.

Se sale este periódico todos los Jueves.

Los suscritores de Cádiz pagan el mismo precio que hasta aquí, es á saber: por un mes llevado á las casas de los dichos, *cinco reales*; por trimestre, *doce*; tomándole en la redaccion, por un mes, *cuatro reales*; cada número suelto, *diez cuartos*: los suscritores de las provincias, *cinco reales* por un mes franco de porte, y *catorce* por trimestre.

PUNTOS DE SUSCRICION. — CÁDIZ: en la redaccion de este periódico, establecida en la imprenta y libreria de Feros, calle de S. Francisco núm. 58. — BARCELONA: libreria de Oliva. — GRANADA: en la de Sanz. — JEREZ: en la de Bueno, calle Larga. — MADRID: en la de Sanchez. — MÁLAGA: en la de Carrera, y en la imprenta del Comercio. — PUERTO DE SANTA MARIA: en la de Valderrama, calle Larga. — SEVILLA: imprenta del Conservador.

CADIZ: IMPRENTA Y LIBRERIA DE D. D. FEROS,

calle de S. Francisco, núm. 58.